

PANAMA EN LA HISTORIA

ASPECTOS DE LA VIDA COTIDIANA DEL PATRICIADO PANAMEÑO A INICIOS DEL SIGLO XX*

Patricia Pizzurno**

**Profesora del Departamento de Historia de la Universidad de Panamá.

Geografía, espacio y población

San Felipe es una península que se interna en el océano Pacífico, a los pies del cerro Ancón de la ciudad de Panamá, y que no cuenta con más de 350 metros de ancho por 500 de largo. Desde este reducido espacio geográfico se manejaron, en buena medida, los destinos del Istmo de Panamá durante casi tres siglos, desde su fundación a comienzos de 1673. Sede exclusiva de los gobiernos, hábitat de los patricios y centro de las decisiones económicas, el intramuros del Casco Antiguo es una referencia obligada para el estudio de nuestra historia.

Desde su erección fue un sitio estratégico para la corona española, eje vital de sus comunicaciones, cabecera administrativa de las ferias, sede del Tribunal de la Real Audiencia, celosa guardiana de los tesoros peruanos y puntal de la ruta de tránsito. Surgió, además, con claros lineamientos defensivos y sociales que se tradujeron en la construcción de una abigarrada muralla que rodeaba el perímetro urbano, sellaba los límites de la parroquia y cercaba el borde marítimo. Por las tres caras que daban al mar, la muralla tenía un objetivo exclusivamente defensivo para protegerla de los enemigos extranjeros. Hacia el oeste, mirando al arrabal de Santa Ana, la muralla cumplió una función social: separar el casco urbano, donde vivían las autoridades civiles, religiosas y militares, así como otros españoles y los criollos, de “los de afuera”, es decir, de la gente de color que habitaba el arrabal. Como este grupo era proporcionalmente tres veces superior a los patricios, la muralla por el lado de tierra se convirtió también en un antemural defensivo. Dentro del contrafuerte urbano floreció una sociedad elitista con ensayadas maneras aristocráticas, privilegiada económicamente, y racialmente homogénea que cercó su península para establecer espacialmente las diferencias sociales y étnicas, cosa que no había ocurrido en la vieja ciudad de Panamá, destruida por Morgan en 1671. Es indudable que esta condición de fortaleza fue el reflejo del atrincheramiento espiritual de sus habitantes.

De aquí las denominaciones “los de adentro” y “los de afuera” que indicaban, más que la procedencia espacial, el lugar que cada uno ocupaba en

aquella sociedad claramente estratificada, en la cual los dos requisitos básicos de ascenso social lo constituían el color de la piel y la fortuna. Aunque las murallas del lado de tierra desaparecieron hacia mediados del siglo XIX, el espíritu sectario de sus habitantes no sufrió alteraciones.

Este patriciado panameño tal y como llegó a comienzos del siglo XX, comenzó a definirse en la segunda mitad del siglo XVIII, en medio de la peor crisis que azotó al Istmo durante la etapa colonial y al calor de las ideas ilustradas que, aunque en forma tardía, también llegaron a Panamá. La suspensión de las ferias en 1739, seguida por la sustitución de Panamá por el Cabo de Hornos, como ruta del tránsito del oro peruano, asestaron un golpe mortal al modelo transitista que había prosperado en nuestro territorio desde la cuarta década del siglo XVI. Entonces, el Istmo se vio obligado a reconvertir su modelo económico y a volver la mirada hacia las labores agrícolas, al tiempo que pasó a depender más que nunca de los situados procedentes de las Cajas Reales del Perú.

Fue bajo estas circunstancias que los criollos aglutinados en torno al Cabildo, comenzaron a tomar verdadera conciencia de clase, a definirse como un grupo homogéneo y a adoptar nuevos patrones de conducta. Dedicados hasta entonces al comercio de las ferias, se vieron obligados por las nuevas circunstancias imperantes a incursionar, principalmente, en la cría de ganado, aunque nunca renunciaron al ejercicio activo del contrabando. Al despuntar la segunda década del siglo XIX, se les presentó una nueva oportunidad gracias a la apertura de los puertos panameños al comercio de las naciones neutrales y amigas que les permitió retomar en forma lícita sus actividades comerciales. La extraordinaria prosperidad que les proporcionó esta situación explica, por una parte, su lealtad incondicional a la metrópoli y, por la otra, el hecho de que llegaran con una década de atraso a sumarse al movimiento de independencia de América. La clausura del puerto del Chagres, en 1816, después de comprobarse el intenso contrabando que por allí se realizaba, hizo trastabillar la fidelidad de los criollos panameños a la corona española y, sin duda, fue la puerta de entrada al lento camino de la emancipación que culminaría el 28 de noviembre de 1821. De manera que mirado desde este ángulo, la ruptura del pacto colonial con España obedeció más a razones económicas que ideológicas o políticas.

La independencia de España llegó, para el Istmo, de la mano de la unión voluntaria a la República de Colombia que, a la postre, resultaría frustrante para el grupo dominante. Un mes después, en diciembre de 1821 los comerciantes panameños le presentaron a la nueva metrópoli un Reglamento para el Comercio del Istmo que recogía el proyecto de nación al que aspiraban. Según el mismo, la ruta de tránsito debía transformarse en un país hanseático bajo la protección de las grandes potencias, con el fin de convertirse en un emporio del comercio del mundo, gracias a la construcción de una vía interoceánica.

Frustrado por Colombia este anhelo de los notables panameños, el Istmo estuvo expuesto a lo largo de todo el siglo XIX a los vaivenes de la política de Bogotá, así como a los períodos alternos de prosperidad y miseria determinados por la llegada y el retiro del capital extranjero. Esta situación llevó a que, desde muy temprano, este grupo ansiara separarse de Colombia, tal como se puso de manifiesto en 1830, 1831 y 1840.

Como ejemplos de inversiones extranjeras valga recordar la construcción del ferrocarril entre 1850 y 1855, cuya bonanza sucumbió en 1869 cuando se inauguró el ferrocarril transcontinental en los Estados Unidos y los viajeros dejaron de atravesar el Istmo, así como la aventura francesa entre 1880 y 1889. Ambas experiencias además de proporcionar prosperidad, también sirvieron para nutrir con nuevos elementos humanos, europeos y estadounidenses, a la elite transitista lo que, sin duda, ayudó a resquebrajar su comportamiento endogámico. Sea como fuere, lo que sí no varió a lo largo del decimonono fue la fe inquebrantable de los notables en el libre comercio y en el destino mercantil del Istmo que se sellaría con la construcción de una vía interoceánica, así como su lugar de residencia en el intramuros donde transcurrió su vida hasta la tercera década del siglo XX.

Como los patricios nunca superaron el 23 por ciento de la población total de la ciudad, terminaron transformándose en un grupo endogámico a fuerza de casarse unos con otros. El resultado fue el surgimiento de una “gran familia” con un sentido de clase profundamente arraigado. En consecuencia, los niños llamaban “tío” y “tía” a los amigos de sus padres y a los padres de sus amigos, lo que le permitió a Omar Jaén Suárez definir el resultado como la “República de los Primos”.

Con la llegada de los estadounidenses, en 1904, muchas cosas cambiaron para los patricios. Así, por primera vez, sintieron que la cúspide de la pirámide social se ensanchaba para darle cabida, en su mismo nivel, a los constructores del canal. Pero en lugar de oponer resistencia, aceptaron la nueva situación de buen grado, y con gusto se dedicaron a halagarlos. Prueba de ello son los poemas exaltando las virtudes de los estadounidenses, que se publicaron profusamente, a inicios de la República, en periódicos como *El Herald del Istmo* o *La Estrella de Panamá*. Es más, buscaron con denuedo integrarlos a su mundo con el objetivo de ser percibidos y tratados como iguales. Por ello, como afirma Michael Conniff, adoptaron sus patrones de conducta, tales como un racismo exacerbado que, hasta cierto punto, se había mantenido latente en el Istmo durante el siglo XIX. Igualmente, la elite local se abocó a la tarea de aprender inglés y hablarlo con fluidez, al tiempo que enviaron a sus hijos a completar sus estudios en los Estados Unidos. Desafortunadamente, los estadounidenses no supieron corresponder con reciprocidad a la devoción demostrada por los patricios.

Lo cierto es que de su mano llegó la prosperidad y un crecimiento demográfico espectacular. La ciudad pasó de 33.160 habitantes en 1905 a 66.502 en 1911 y a 89.704 en 1915. Pero el esplendor resultó ser más un espejismo pasajero que una situación real y permanente. Los estadounidenses fundaron la ciudad jardín de Balboa a escasos 3 kms. de San Felipe que funcionó, hasta cierto punto, como una capital paralela, con el paseo de El Prado y el monumental edificio de la Administración del Canal. A ello se sumó la organización de un mundo de privilegios para los trabajadores del *Gold Roll* en la Zona del Canal, que dio como resultado la construcción de casas clubes y teatros, así como un apretado calendario de conciertos y bailes, que buscaba paliar el aburrimiento y la nostalgia de los constructores y que terminó por opacar la vida de San Felipe. Si tenemos en cuenta que en estos primeros años la Comisión del Canal Istmico destinaba un millón de dólares anuales, para las distracciones de los trabajadores del *Gold Roll* en la Zona del Canal, resulta evidente que la ciudad de Panamá no pasaba de ser una ciudad

provinciana sin más atractivos para los norteamericanos que los *cabarets* y otros lugares *non sanctos* que estaban prohibidos en territorio bajo la jurisdicción estadounidense.

Coexistieron así, a pocos minutos de distancia, dos mundos paralelos, una nación dentro de otra, con diferencias extraordinarias y a veces insalvables, lo que hizo inevitable que una se sometiera a la otra y sirviera a sus intereses. Naturalmente, esta última fue Panamá.

En efecto, la delimitación de la Zona del Canal colindante con el casco urbano estranguló a la ciudad de Panamá y cercenó su crecimiento ordenado. Es más, con la llegada de los trabajadores antillanos contratados para construir el Canal y que pasaron a residir en las ciudades terminales (Panamá y Colón), se extendió el cinturón de inquilinato en la capital, entre El Chorrillo y El Marañón, asfixiando aún más a San Felipe que quedó constreñido y hacinado. Poco a poco, entonces, la elite comenzó a emigrar hacia La Exposición y Bella Vista.

El eclecticismo como un modo de vida

La arquitectura de San Felipe constituye un conjunto ecléctico abrumador con características propias del siglo XIX, que incluye elementos franceses, así como andaluces con sus ingredientes moriscos. Los diferentes estilos importados al trópico se mezclaron unos con otros y se superpusieron creando un espacio único e irrepetible donde, prácticamente, nada es puro.

Es más, a partir de la segunda mitad del decimonono, la influencia extranjera aportó nuevos patrones culturales y de conducta que se vieron reflejados en el comportamiento de los panameños y, por supuesto, invadieron el ámbito doméstico. Fue sobre todo la llegada de los franceses, en la octava década del siglo, la que proporcionó nuevas referencias y una preocupación por la estética que se hizo evidente, de inmediato en el interior de los hogares pudientes del intramuros. Surgió, así, una sensibilidad diferente que aspiró a *concretar* nuevos estilos de vida, dentro de la cual lo bello, lo agradable, lo armónico y, hasta cierto punto, el refinamiento dejaron de ser referencias abstractas.

A diferencia de Buenos Aires, Montevideo, Lima, Bogotá o La Habana, no se construyeron en Panamá suntuosos palacios a imitación de París, pero sí afloró entre la elite una clara europeización cultural que se tradujo en la necesidad de romper con la austeridad colonial y rodearse de ciertos pequeños lujos. Aparecieron entonces los sillones capitonés ricamente tapizados, arañas de cristal que colgaban de los altos techos; comedores de maderas nobles y artísticamente diseñados, con los aparadores haciendo juego donde se guardaba la loza importada; delicadas porcelanas; mayólicas; vitrales; profusión de floreros y plantas y lámparas de mesa o de pie con lágrimas de cristal o caireles. Las tendencias victorianas y del *art nouveau* se superpusieron y combinaron con pesados muebles *Bentwood* y livianas mecedoras. En los dormitorios, sólidas cómodas sobre las que reposaba el aguamanil, roperos labrados, peinadoras con espejos ovalados, junto con camas de bronce y las hamacas autóctonas completaban el mobiliario. Esta concepción europea y romántica del espacio doméstico, que no terminaba de renunciar del todo a lo vernacular, en el que predominaban las sensaciones

táctiles y visuales se lograba generalmente sin ayuda profesional pues no había arquitectos y mucho menos decoradores.

Así como el espacio interior se transformó, también el exterior sufrió renovaciones. El balcón heredado de la colonia adoptó nuevas formas y usos. De la mano de los franceses llegó un nuevo elemento arquitectónico: la mansarda, algunas de las cuales aún sobreviven en San Felipe. También el hierro sustituyó a la madera en las barandas y las fachadas adoptaron colores claros, acordes con la luminosidad del ambiente tropical. Estas casonas de planta cuadrangular se construían en torno a un patio andaluz, alrededor de los cuales se organizaban los cuartos, atendiendo principalmente a la necesidad de facilitar la circulación del aire para hacerlas más frescas.

Tanto a lo interno como a lo externo, se cultivó el gusto por los detalles: yesería, cemento, bronce, maderas, hierro, hicieron su aparición como elementos decorativos.

La llegada del siglo XX no alteró la vida de los habitantes del casco urbano ni el ritmo de la pequeña ciudad, pese a la guerra civil que sacudía el Istmo, pero lo que sí revolucionó esta sociedad bucólica fue el desembarco de los estadounidenses en 1904, gracias a quienes se pavimentaron las calles, se construyó el alcantarillado y se exterminaron los mosquitos transmisores de las fiebres tropicales. Al año siguiente, por primera vez hubo agua potable en la capital, después de lo cual la salud mejoró y la vida dejó de ser una aventura peligrosa en Panamá.

La vida en el intramuros

Por las calles estrechas y polvorientas de San Felipe deambulaban pregonando el dulcero con su bandeja sobre la cabeza; los carretilleros cargados de frutas; los hindúes que ofrecían telas entre decenas de otros artículos; los italianos que vendían infinidad de prendas baratas y anteojos de aumento, cuando aún no había oculistas en Panamá. Tampoco había ascensores, pero sí cestas de paja que se deslizaban hasta la calle. Antes de 1905 cuando hubo agua potable, el aguatero traía el agua de El Chorrillo en pipas sobre una mula o en carretillas para venderla casa por casa a real de plata. Algunas residencias tenían su propio pozo y los más pudientes habían construido tanques de hierro para recoger el agua de la lluvia.

La ciudad contaba con un tranvía desde 1893 que arrancaba de la Plaza de Chiriquí en Las Bóvedas y cuyo recorrido concluía en la actual Plaza 5 de Mayo donde el francés Luis Angellini atendía un restaurante o comedor donde ofrecía deliciosos manjares caseros. En 1913, se inauguró un servicio entre Balboa y Ancón que pasaba por el centro de la ciudad y desde el Palacio Nacional hasta Las Sabanas con un ramal al balneario de Bella Vista. Otro medio de transporte muy popular fue el que introdujo Julio Mailén que era un carruaje tirado por caballos que cumplía las funciones de los actuales autobuses.

Los paseos en coches tirados por caballos a Las Sabanas, a Bella Vista o a La Cresta eran frecuentes, sobre todo los fines de semana, al igual que los atardeceres en Las Bóvedas frente al mar mientras los niños solían patinar. También se hacían excursiones a la isla de Taboga, sitio recomendado para los enfermos y convalecientes por el aire puro y la benignidad de su clima.

El primer automóvil que circuló por las calles de San Felipe hacia 1905 fue el de un francés comprador de perlas de apellido Rosenthal. Para el año

siguiente, comenzaron a llegar los primeros Ford modelo T. Con ellos la vida se animó y adquirió un ritmo trepidante, al tiempo que los ruidos inundaron la península. De la mano de estos adelantos y de los estadounidenses ya afincados en el Istmo, se rompieron para siempre los últimos patrones coloniales que aún pervivían.

Los domingos por la noche nadie podía faltar a la retreta en la Plaza de la Catedral donde la banda republicana dirigida por el maestro Alberto Galimany interpretaba los pasillos de Efraín Arias, pasodobles españoles y hasta sones marciales que deleitaban a los patricios. Era el tiempo para ver y ser vistos. Las buenas maneras y el recato imponían la separación de los sexos entre los solteros. Por eso las señoritas paseaban por un extremo de la plaza mientras los jóvenes lo hacían por el otro. Buena parte de la vida social y laboral de la capital giraba en torno a esta plaza comparable con la función que cumplieron las Plazas Mayores, hasta no hace mucho, en las ciudades españolas

La gente distinguida se reunía en el Club Internacional que fue el antecesor del Club Unión inaugurado en 1908. El lugar de los cafés y cafetines de otros sitios de América fue ocupado en Panamá por las cantinas que eran centros de encuentro exclusivamente masculinos. La elite prefería la cantina del club, pero también había otras opciones como la cantina del Hotel Central donde se reunían los políticos y la más popular de San Carlos a un costado de la plaza Catedral, donde se bebía jerez frío.

Las veladas danzantes solían realizarse en el Club Comercial donde se celebró con un baile de máscaras el primer aniversario de la separación de Colombia, el 3 de noviembre de 1904. También en el patio del hotel Central por las noches tocaba una orquesta.

Los jóvenes jugaban baseball en "El Cólera" o *Panama Boys*, también integraban una estudiantina y aún tenían tiempo para ensayar con el "Cuadro Talía" una compañía de teatro que dirigía el poeta Alejandro Dutari. Hasta 1908 cuando se inauguró el Teatro Nacional, las representaciones se hacían en el teatro Sarah Bernhardt que habían construido los franceses. Los patricios eran aficionados a la zarzuela y a lo largo del año llegaban compañía españolas que permanecían varios meses, como la del maestro Ucrós.

Años después, cuando abrieron sus puertas los primeros teatros-cinematógrafos en el arrabal, como el Aurora, el Variedades y el Amador, los de adentro adquirieron la costumbre de pasear por el parque de Santa Ana. En realidad, desde mucho antes, el extramuros había sido un sitio de diversiones prohibidas para los jóvenes y no tan jóvenes patricios, al igual que para los marines estadounidenses.

La misa de 8 de la mañana del domingo, así como las procesiones eran otros de los momentos de encuentros públicos. Las del Sagrado Corazón de Jesús y del Rosario eran de las más concurridas y en ellas se mezclaba el fervor religioso con los irrenunciables deberes sociales.

Hasta 1903 la gran fiesta de la patria fue el 28 de noviembre que conmemoraba a un tiempo, la independencia de España y la unión a Colombia. Se celebraba con disfraces y mascaradas, corridas de toros y carreras de caballos desde la Avenida Central hasta Las Bóvedas. El 20 de julio fecha de la independencia de Colombia, también era motivo de festejos. Por el contrario, durante los días de carnaval no se disfrazaban sino que preferían jugar con agua y añil para mojar y embadurnar a las personas. Pero después de la separación de Panamá de Colombia, el Concejo Municipal consideró una

irreverencia celebrar a la patria disfrazados y, a partir de 1905, se prohibieron las mascaradas para conmemorar el 3 de noviembre. Entonces, se adoptó la costumbre de disfrazarse durante el carnaval, fiesta que comenzó a adquirir cada vez más importancia para los patricios. Igualmente, el 20 de julio fue sustituido en el calendario festivo de la nueva República por el 4 del mismo mes, día de la independencia Estados Unidos.

La primera reina del carnaval del intramuros fue Manuelita Vallarino en 1910. Hasta entonces esta fiesta había sido una festividad popular del arrabal, pero entonces traspasó las derruidas murallas y se institucionalizó en el Club Unión. Tratándose de una fiesta pagana celebrada por gente piadosa, no podía faltar una "reina mora" que era convertida el martes de carnaval y bautizada por un sacerdote. El lujo y el esplendor impuesto por los patricios, transformaron radicalmente los usos y costumbres de esta fiesta de raigambre popular.

Hacia finales de enero de cada año las familias que poseían casas o fincas en Las Sabanas, Carrasquilla o Juan Díaz, emigraban hacia el campo. El regreso se producía a finales de abril cuando se anunciaban las primeras lluvias y se reiniciaba el año escolar.

La intimidad del hogar

Pese a la interacción que existía entre el espacio exterior y el espacio interior, lo cierto es que al cerrarse la puerta de entrada a la casa, comenzaba a tejerse la intimidad del hogar -en realidad se trata de un eufemismo pues las puertas de las casas no se cerraban nunca-. Dentro de las casas la figura estelar era la mujer, pues el ámbito doméstico fue, y aún es, el espacio femenino por excelencia.

Las casas tenían dos o tres pisos y estaban construidas de piedra y madera. La planta baja alojaba, por lo general, una tienda o un depósito, sin conexión alguna con la residencia. En el primer alto estaban el comedor, la cocina y varios cuartos. La sala ocupaba todo el ancho de la vivienda y era una habitación grande con puertas-ventanas con persianas de madera que se abrían hacia el balcón. Las puertas vidrieras y los vidrios en general, fueron introducidos por los estadounidenses. Recién a finales del XIX se impuso el uso de las puertas interiores lo que proporcionó mayor intimidad al espacio.

Al entrar en estas casonas espejos ovalados con ricos marcos daban la bienvenida a los visitantes. Una profusión de cuadros, sobre todo de miembros de la familia, colgaba de las paredes, al tiempo que figurillas de porcelana o de bronce, lámparas procedentes de Europa y carpetas de crochet adornaban las mesas esquineras. Almohadones de seda con flecos, así como flores frescas y plantas tropicales completaban el decorado de la sala. Hacia mediados del siglo XIX hicieron su aparición los relojes de pie, que para la época que nos ocupa eran un elemento decorativo y funcional plenamente integrado al conjunto.

El confinamiento femenino se tradujo en la exuberancia de manteles de hilo bordados, carpetas, colchas, visillos tejidos, cortinas caladas y encajes con que se adornaban las ventanas.

Las familias eran bastante más numerosas que las actuales. Además del padre, la madre y los hijos, por lo general, vivían en la misma casa, una o más tías solteras, algún sobrino huérfano, la abuela viuda y los criados que completaban el mundo privado, integrado como mínimo por una docena de

personas. Las parejas solían tener 6, 7 o más hijos. El primogénito hacía su aparición antes de que la pareja cumpliera el primer aniversario de casados y era seguro que en la siguiente década el hogar recibiría un nuevo huésped cada diez o doce meses. Excepto el esposo y los familiares más cercanos, no se consideraba de buen gusto comunicar los embarazos y muchos menos exponer públicamente las redondeces, de manera que los trajes se ampliaban para dar cabida a un almohadón a la altura del pecho para ir disimulando el proceso de gestación o “el estado interesante”, como se decía entonces.

Los niños nacían en las casas con la asistencia de un médico y de una partera. Años más tarde, hacia 1918, se fundó el Hospital Panamá que fue el primer nosocomio privado, pero la costumbre de dar a luz fuera de la casa demoró en imponerse.

La educación religiosa de los niños era responsabilidad exclusiva de las madres. La preparación para la primera comunión que era un acontecimiento trascendental en la vida de todo creyente, se impartía en los hogares. Una vez que la madre consideraba que el niño estaba preparado, se acordaba una entrevista con el cura párroco, para comprobar si estaba listo. Era habitual que varios niños de familiares o amigos que se encontraban en la misma situación se unieran para recibir en forma conjunta “el santo sacramento”. Estas celebraciones no eran mixtas o “alternadas”, como se decía entonces, sino que niños y niñas la recibían en forma separada, el 8 de diciembre en honor a la “Purísima”.

Estos eventos social-religiosos del patriciado, tales como bautizos, bodas y, por supuesto, la primera comunión, quedaban debidamente perpetuados en una buena fotografía que, a principios del siglo XX, tomaba invariablemente Carlos Endara en su estudio de San Felipe.

El matrimonio era la meta ambicionada por hombres y mujeres. Para las niñas, como se llamaba entonces a todas las señoritas patricias, significaba dar rienda suelta a la maternidad y ejercer su papel de autócratas del hogar: servidumbre, labores, comidas, vestuario, educación de los hijos, nada escapaba a su control. Sin embargo, el tedio era un sentimiento presente en la vida de estas mujeres que intentaban sobrellevar con la costura, el bordado, las oraciones compartidas, las obras de caridad, las visitas a la iglesia, la música y en ocasiones la pintura.

Entre las costumbres coloniales que aún se resistían a desaparecer estaba la siesta. Era habitual que entre las doce del mediodía y las dos de la tarde, cuando el calor se hacía más intenso, la familia entera se recogiera para cumplir con este rito. Este hábito era prescrito por los médicos a comienzos del siglo XX y se cumplía en las hamacas que había en las recámaras y no en las camas para hacer más llevadero el intenso calor.

El noviazgo

Existía una separación claramente marcada en la asignación del papel que los niños y las niñas debían desempeñar dentro de la familia y en la sociedad. Los niños gozaban de más libertad. Podían jugar en las plazas y parques y solían reunirse en el atrio de la Catedral al que llamaban “altozano”, donde conversaban y organizaban juegos. Las niñas vivían más recluidas y vigiladas y, por lo regular, no podían salir de sus casas si no era en compañía de sus padres o de alguna criada. Eran educadas para casarse y cumplir su papel estelar en el hogar.

Las virtudes femeninas más apreciadas eran, según José Agustín Arango: la moral, la laboriosidad, el aseo, el recato, la religiosidad, la humildad, la modestia, la resignación, la obediencia, la delicadeza, la dulzura y la prudencia. En una serie de "Máximas" que escribió para sus hijas el prócer les advirtió que la ostentación, el fanatismo, la novelería, la ignorancia, la presunción, la malacrianza, la habladería, la osadía, la coquetería, el ansia de lujos, la envidia, la familiaridad y la confianza con los extraños y con la servidumbre, los gestos bruscos, las gesticulaciones, la vehemencia, la curiosidad y la crítica, eran vistos como los peores enemigos de las niñas "de buena familia".

Les advertía que, como la educación femenina estaba tan descuidada, era necesario que se preocuparan por saber escribir, contar y coser y "algo de historia de su país para no hacer el ridículo en sociedad" y agregaba "una mujer ignorante, malcriada y presumida es una carga insoportable para la sociedad". Las niñas eran educadas para despertar una buena impresión en los demás y para ello era esencial que conversaran poco y con voz templada, apenas audible; que no miraran fijamente a nadie, que no censuraran a las demás jóvenes; que fueran devotas sinceras y no fanáticas hipócritas; que jamás festejaran un chiste indecente o atrevido; que no gesticularan y mucho menos que ambicionaran bienes o lujos que no poseían, pues ese era, según Arango, el camino seguro a la perdición. Igualmente, era considerado de muy mal gusto asomarse al balcón al menor ruido que oyeran, demostrando así una insana curiosidad, y mucho menos sino estaban correctamente peinadas y acicaladas.

El noviazgo era una larga etapa que duraba varios años y comenzaba prematuramente. Durante el período de galanteo, las niñas jamás debían tener la osadía de mirar con vehemencia a la persona que las pretendía "ni mostrar semblante risueño y lleno de confianza" durante las primeras atenciones amorosas. Menos aún debían tolerar una "galantería" indebida o indecente por parte del pretendiente. Como la unión entre las ramas de una misma familia o entre familias amigas era lo deseable, la mayor parte de los noviazgos surgían en paseos campestres o reuniones sociales, en los que se advertía a las niñas evitar los excesos de familiaridad. Es más, los padres recomendaban que miraran al aspirante "como un enemigo" de quien no se podían fiar, hasta no tener la certeza de su "buena fe y el buen ánimo bien probado con hechos".

Aunque las posibilidades de casarse, se limitaban al estrecho mercado matrimonial impuesto por el parentesco y la amistad de las familias de los contrayentes, lo cierto es que esta situación no evitaba una serie de formalismos casi rituales. En aquella sociedad con ribetes victorianos uno de los requisitos para formalizar el noviazgo era que el pretendiente solicitara autorización por escrito al padre de la novia. En la carta debía mencionar sus sanas intenciones que invariablemente culminarían en el matrimonio. Una vez aprobado el idilio, comenzaban las visitas a la casa de la joven que se realizaban en presencia de algún miembro de la familia, de preferencia la madre. La privacidad y mucho menos la intimidad tenían cabida en aquel escenario.

Las bodas se realizaban en la Catedral o en la iglesia de San José adonde la novia llegaba a pie. Los trajes de novia los confeccionaban las costureras panameñas según los modelos parisinos que se reproducían en el figurín *El Eco de la Moda*, o se adquirían en el Bazar Francés. Años después, se instaló en Panamá Madame de Hond, una francesa que vistió a la mayoría de las

novias patricias. Junto con el vestido de la novia se confeccionaban los elaborados y costosos ajuares que incluían la ropa que la recién casada usaría durante todo el año siguiente a la boda, así como la ropa blanca preferiblemente de hilo con el monograma de la pareja entrelazado en un complicado bordado.

Los deberes maritales de las damas elegantes eran sagrados y rayaban en un cuasi apostolado que sólo concluía con la muerte de uno de los cónyuges, pues el divorcio o la separación no tenían cabida entre los patricios.

En 1929, Pablo Arosemena resumió para su hija Emma el comportamiento que debía observar después de su matrimonio: “Una vez casada, todos los hombres han muerto para ti, exceptuando únicamente tu marido y tu padre ... Nunca recibas hombre alguno si estás sola ... No des celos a tu marido, aún cuando lo sorprendas cortejando, loco de cariño, a otra mujer. La mujer que da celos se rebaja y debilita su posición. Al contrario, la que disimula, sufre, pero triunfa. Las mujeres tienen un arma terrible: las lágrimas. El llanto encadena leones”. Y proseguía: “En el hogar hace más falta una cocinera que una artista. Cocinar es de rigor. Que tu marido halle mejor la comida de su casa que la del hotel. Cuida con esmero de tu casa y especialmente los objetos de tu marido. Que nunca falte el botón a sus camisas, que nunca tengan un roto sus medias ...”. En cuanto a su apariencia personal le recomendaba: “Tres son las cualidades físicas de una mujer: aseo, aseo y aseo. Nunca te presentes a tu marido desgredada, mal vestida, en chancletas o sin medias”. Para concluir le sugería: “No trates de imponerte a tu marido ... No te mezcles en los negocios de tu marido, a menos que él te consulte sobre ellos. Si hace malos negocios, atenúa su pena, aconsejándole resignación ... Recíbelo siempre con amabilidad, aún cuando vaya a la casa después de haber observado conducta incorrecta ... Procura no encolerizarte jamás y sobre todo, disimula tu disgusto. La cólera es una locura corta y en el estado de locura se ejecutan actos muy graves e irremediables ... Sé hija mía, limpia, sin mancha y sea la dicha de tu marido el objeto de tus desvelos. Sé limpia de alma y de cuerpo”

Educación y cultura

Cuando los niños llegaban a la edad escolar comenzaban su educación formal en la escuela de doña Mercedes Urriola, donde según Ricardo J. Alfaro aprendían a leer con el sistema “Cristo a-b-c-“. Después que sabían leer o “decorar” como se decía entonces, pasaban al Colegio de San Vicente de Paul que funcionaba frente al templo de San Felipe Neri y, por último, a la escuela de la señorita Marina Ucrós que inicialmente era mixta o “alternada”. Los jóvenes continuaban sus estudios secundarios en el Colegio de los Escolapios y después de su fundación, en 1908, con los Hermanos Cristianos de La Salle. Como en Panamá no había universidades, una vez concluidos los estudios secundarios era necesario viajar al extranjero. Los más afortunados completaban su educación en Europa o en Estados Unidos, otros viajaban a Bogotá o Cartagena, pero la mayoría permanecía en Panamá y daba por concluida su educación formal al graduarse del colegio secundario.

Después de la instalación de los hermanos lasallistas, el colegio de Marina Ucrós pasó a ser exclusivamente femenino y se conoció como el Colegio de San José. A comienzos del siglo XX todas las niñas de San Felipe concurrían invariablemente a este centro donde aprendían a leer, escribir, matemáticas,

religión, “buenos modales y urbanidad”, a coser y música. El colegio poseía su propia estudiantina y, a finales de enero, después de los exámenes de fin de curso que eran públicos, el año escolar se clausuraba con un certamen en el teatro organizado por las propias alumnas. La educación femenina se completaba con el estudio de piano, canto y pintura. Pocas de estas jóvenes iban al extranjero a proseguir estudios, pero, aquellas que sí lo hacían, no ingresaban en las universidades, sino que se dedicaban a estudiar o perfeccionar idiomas. A su regreso, por lo general, encontraban la vida de Panamá extremadamente tediosa, razón por la cual, en 1904, un grupo de ellas formó el “Club Iris”, cuyo objetivo era animar la decaída actividad social mediante la organización de veladas danzantes y paseos al aire libre.

También en 1904 se fundó la Escuela Nacional de Música y Declamación que estuvo bajo la dirección de Narciso Garay. Por estos años igualmente regresó de París el maestro Roberto Lewis quien instaló su atelier de pintura y abrió una academia que funcionaba por las tardes en el Instituto Nacional y donde algunas damas distinguidas comenzaron a recibir clases de pintura.

La lectura era una afición cultivada con esmero por una sociedad que no tenía mayores entretenimientos. Las obras de Anatole France, Víctor Hugo, Lamartine, Teophile Gauthier, Lord Byron, Walter Scott, Milton y su famoso *Paradise Lost*, D’Annunzio, Montalvo, Díaz Mirón, Núñez de Arce o Salgari, revelan el gusto por el romance y las aventuras. Las obras solían leerse en sus idiomas originales, de manera que casi todos en aquella sociedad hablaban o por lo menos leían en más de una lengua.

Salud, luto, caridad y concursos de belleza

Hasta la llegada de los estadounidenses las tasas de mortalidad eran muy elevadas en Panamá. Con la pavimentación de las calles, la instalación del sistema de alcantarillado y la eliminación de los mosquitos, la salud mejoró en general. Aunque carecemos de indicadores precisos para la época, se sabe que la mortalidad infantil fue la que tuvo mayor incidencia, de manera que casi todas las familias habían sufrido la muerte de un hijo en la infancia. Al dolor que producía la muerte, se sumaba el requerimiento social de un luto largo y riguroso, sobre todo para las damas. Reclusión y ropa negra caracterizaban el año siguiente al fallecimiento de un familiar cercano. Del negro se pasaba al gris y después al morado o violeta. La mortalidad era tan alta que había señoras que no poseían ropa de otros colores porque siempre estaban guardando luto. Para los hombres el duelo se exteriorizaba con un listón de seda negra aplicado sobre una de las mangas de las camisas.

Los velorios congregaban a todos los patricios, que llegaban al rito funerario portando un plato de comida, en lugar de flores.

El primer oculista que hubo en Panamá llegó en la última década del siglo XIX. Como nadie confeccionaba lentes en el Istmo las recetas iban en barco hasta Nueva York desde donde retornaban transformadas en anteojos. En cuanto a los dentistas, en 1904, atendían en Panamá los hermanos Manuel y Eloy Pareja que habían estudiado en Cartagena, así como J.B. Calvo y John de la Parra, que era el preferido por los estadounidenses de la Zona del Canal.

Las damas cosían ellas mismas, con su dedal de oro, la ropa sencilla que usaban entre casa y la de los niños, así como otras que destinaban para sus obras sociales. En ocasiones, se reunían con otras señoras y señoritas para coser acompañadas y también para rezar el rosario. Para estas féminas

piadosas y devotas, su salvación personal y la de sus familiares constituía una fuente de preocupación. En consecuencia, patrocinaban obras de caridad, repartían limosnas y ayudaban a los más necesitados. A inicios de la República, las veladas artísticas a beneficio del Hogar San José de Malambo se realizaban anualmente y constituían uno de los acontecimientos sociales más sonados. En ellas actuaba la compañía de teatro “cuadro Talía” cuyo elenco lo integraban los jóvenes de las principales familias del Casco Viejo. En el intermedio, la señorita Carmen Márquez cantaba “pasión del alma mía”, acompañada por el maestro Santos Jorge, compositor de la música del recientemente adoptado himno nacional.

También los jóvenes patrocinaban iniciativas caritativas como cuando a finales de 1905, los futuros presidentes Ricardo J. Alfaro y Juan Demóstenes Arosemena, ambos con poco más de 20 años, organizaron una fiesta de Navidad en el parque Catedral el 25 de diciembre donde repartieron juguetes y comida entre los niños pobres del arrabal.

Cuando en 1917 se fundó la Cruz Roja panameña la Primera Dama de la República asumió la presidencia de honor y las damas distinguidas comenzaron a colaborar de lleno con esta asociación, para lo cual organizaban lucidas galas.

El primer concurso de belleza que se realizó en San Felipe fue organizado por *El Heraldo del Istmo*, en 1905, con el objetivo de seleccionar a la señorita más bella del intramuros. El premio consistía en la publicación de su foto en el periódico y el otorgamiento de una medalla de oro.

Los votantes debían enviar por escrito el nombre de la joven de su elección, proceso que llevó varios meses, durante los cuales la redacción de *El Heraldo* publicó, quincenalmente, los resultados. Finalmente, resultó ser la ganadora Leonor Arias quien obtuvo 524 votos, seguida por Leticia López y Bertilda Pérez.

Otros concursos convocados por esta época no despertaron tanto entusiasmo como uno de sonetos y otro de ensayos, organizados ambos por Guillermo Andreve, en los que participaron menos de una decena de aspirantes.

Compras y gastos

Los almacenes que surtían de productos a la elite se encontraban a poca distancia de sus residencias. Para comprar no se necesitaba disponer de dinero en efectivo, pues casi todas las familias tenían cuentas en las principales tiendas y las compras se iban anotando en una libreta. Se cancelaban sin intereses, según el arreglo convenido de antemano con el jefe de la familia. La confianza, basada en la honradez y en la palabra empeñada, constituían las mejores bazas de esta sociedad que aún rendía más culto a un apellido sin manchas que a la posesión de una gran fortuna. Los bancos eran escasos y no contaban con la confianza de muchos, de manera que las familias acomodadas solían convertir su dinero en barras de oro y plata que guardaban debajo de la cama.

Los artículos ofrecidos en los almacenes de la ciudad de Panamá, a comienzos del siglo XX, ponen de manifiesto la diversificación de los patrones de consumo, que se fortalecieron después de la llegada de los estadounidenses.

El Bazar Francés de Máximo Heurtematte era, sin lugar a dudas, uno de los almacenes más selectos y preferidos de las damas elegantes de la buena sociedad. Junto con "A la Ville de Paris" de H. De Sola se disputaba la preferencia de las damas distinguidas. Allí se adquiría ropa de casimir, chalecos de piqué y de fantasía, perfumes de Roger Gallet, Piver, Pinaud y Colgate, calzados Emerson y hasta máquinas de coser.

En la plaza Catedral y la calle quinta estaba el almacén Maduro e hijos que vendía sombreros, perfumes, sedas del oriente, artículos deportivos Goldsmith, *souvenirs* y las novedades recién llegadas de París, en 1904, tales como ropa interior femenina y faldas ya confeccionadas. Había también una amplia variedad de tafetanes negros labrados, *gros* de seda, rasos, muselinas de sede, *voile*, gasas de crespón, encajes y lanas, así como objetos electroplateados, imaginamos que petacas, y tarjetas postales con vistas de la ciudad.

En la librería Hispano-Colombia de Y. Preciado se vendían tarjetas, papel y sobres de luto, plumas de marfil y nácar, libros, devocionarios con pasta de marfil, nácar, carey y madera esculpida. En la farmacia y droguería El Globo ubicada frente al convento de San Juan de Dios, se compraban medicinas tales como agentes de sulfato de quinina Pelletier; Kine Carlos; pastillas *hay dock*; vino San Rafael; especialidades Milhau, remedios cuticura, agua florida Mc Kesson & Robbins y píldoras Oporto, así como perfumes, aceites, pinturas y barnices.

En la calle cuarta y la Avenida Central estaba la sastrería de Julio Pasquel que ofrecía casimires ingleses. Un poco más adelante en la Avenida Central entre las calles 8 y 9 estaba la ferretería de Emanuel Lyons y sobre la calle 8, el almacén de los señores Piza y Piza que se ocupaba el comercio al por mayor. Muchos de estos ricos comerciantes de origen hebreo fueron integrados al reducido y selecto mundo de los patricios gracias al poder del dinero.

Esta red socio-familiar tejida cuidadosa y pacientemente, en el que las pautas raciales, residenciales y matrimoniales ocupaban un lugar de privilegio, no tocó a su fin cuando el Casco Viejo se agotó como modelo urbano y tuvo que ser abandonado por los patricios hacia la tercera década del siglo XX. El espíritu de familia, de clan, de casta resistió los embates de la distancia entre unos y otros, diseminados inicialmente por La Exposición, Bella Vista y Vistamar, de manera que las murallas sociales se mantuvieron intactas. Se amplió el espacio urbano pero no el espiritual, lo que aún hoy en día se percibe en algunos sectores.

Bibliografía

- Abbott; Willis John, *Panama and the Canal in pictures and prose*. Syndicate Publishing Co. New York, 1913.
- Alfaro, Ricardo J., "Remembranzas". *Revista Lotería*, N°317, Panamá, agosto de 1982.
- Arango, Hortensia R. de, "Cómo fue nuestra vida allá por el 64". *Revista Épocas*, N°53, marzo 1° de 1949.
- Araúz, Celestino y Patricia Pizzurno, *El Panamá hispano (1501-1821)*. Ediciones La Prensa, Panamá, 1991.
- Araúz, Celestino y Patricia Pizzurno, *El Panamá colombiano (1821-1903)*, Ediciones Pribanco-La Prensa, Panamá, 1993.
- Biesanz, John y Mavis, *Panamá y sus gentes*. México, 1961.
- Castellero Calvo, Alfredo, *La ciudad imaginada*. Ministerio de la Presidencia, Panamá 1999.
- Conniff, Michael, *Black Labor in a white Canal*. New Mexico, University Press, 1993.

- De Roux, Guillermo, "Fachadas". Catálogo a la exposición de Ida Vallarino Arias. Museo de Arte Contemporáneo, Panamá, 1988.
- Díaz, Damaris, "Génesis de la ciudad republicana". Agenda del Centenario, Panamá, 2001.
- *El libro azul de Panamá* (1916-1917).
- Espino, Rolando, "Desarrollo urbano de la ciudad de Panamá", INAC, Panamá, 1974.
- Figueroa Navarro, Alfredo, *Dominio y sociedad en el Panamá colombiano (1821-1903)*. EUPAN, Panamá 1978.
- Gasteazoro, Carlos Manuel, "Ida Vallarino retorna con sus relieves". Club Unión, 1988.
- Gasteazoro, Carlos Manuel, "La nostalgia poética de Ida Vallarino", Panamá, 1987.
- Gasteazoro, Carlos Manuel, "Presentación de Narciso Garay", Panamá, 1979.
- Gutiérrez, Samuel, *Arquitectura panameña*. Panamá, Editora Litográfica S.A., 1966.
- Jaén Suárez, Omar, *La población del Istmo de Panamá del siglo XVI al siglo XX*, Panamá, 1978 y Madrid, 1999.
- Lewis Arango, Samuel, *Retazos históricos*. Panamá, 1975.
- Pizzurno, Patricia, "En busca del tiempo perdido. Ida Vallarino recordando a San Felipe". *Revista Siete*, domingo 15 de julio de 2001.
- Pizzurno, Patricia, "San Felipe íntimo". Catálogo de la exposición "Mi Panamá de antaño". Museo de Arte Contemporáneo, Panamá, noviembre de 2001.
- Pizzurno, Patricia y Celestino Andrés Araúz, *Estudios sobre el Panamá republicano 1903-1989*. Impresiones Manfer, Panamá, 1997.
- Tejeira Davis, Eduardo y Vanesa Spadafora, *El Casco Antiguo de la ciudad de Panamá*, Ciudad-City, diciembre 2001.
- Wolfschoon, Eric, *Las manifestaciones artísticas en Panamá*, EUPAN, Panamá, 1984.

Periódicos de la época

- *El Heraldo del Istmo*, 1904 y 1905.

Documentos

- "Carta de Pablo Arosemena a su hija Emma". Panamá 1929. *Revista Siete*, Panamá junio 23 de 2002.
- "Diario privado de Ricardo J. Alfaro" (en manos de sus descendientes).
- "Máximas" que José Agustín Arango le dirigió a sus hijas, (el documento original reposa en manos de los descendientes del prócer).
- Jenny White Del Bal: "Correspondencia privada (1863-1864)". Cartas traducidas del inglés.

Entrevistas

- Iván Alfaro Lyons
- Ida Vallarino de Arias